

Gente que busca su bandera

Braulio Ortiz Poole

Prólogo de Alejandro Simón Partal



PRIMERA EDICIÓN: abril 2020

© **DEL TEXTO:** Braulio Ortiz Poole, 2020

© **DEL PRÓLOGO:** Alejandro Simón Partal, 2020

© **DE LA EDICIÓN:** Maclein y Parker, 2020

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6
41701 Dos Hermanas, Sevilla
www.macleinyparker.com

EDICIÓN Y CORRECCIÓN: Rosa Montero Glz. y Antonio Abad (Maclein y Parker)

DISEÑO COLECCIÓN Y MAQUETACIÓN: Antonio Abad (Maclein y Parker)

IMPRESIÓN: Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-121471-3-1

DEPÓSITO LEGAL: SE-612-2020

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Prólogo

Alejandro Simón Partal

BRAULIO ORTIZ POOLE:
LAS SOMBRAS REHABILITADAS

Almería. Verano del 2008. Era una tarde de calor asfixiante. Estaba solo. Acababa de romper. Buscando amparo y aire acondicionado me metí en la Biblioteca Pública Francisco Villaespesa y tomé un libro prestado. No lo elegí por el título ni por lo exótico del autor, Ortiz Poole, sino por azar, o por la pereza de no agachar mis casi doscientos centímetros de altura hasta la Z de Zambrano, por ejemplo, y conformarme con la O, que es una letra de la que no solemos esperar demasiado. El título era *Defensa del pirómano*, y en un café del paseo marítimo leí de una sentada todos esos poemas que invitaban al arrebató, al impulso de reventar los barrotes que nos someten y nos arrastran a una vida que no queremos vivir; de esa manera, ese librito convulso devolvió a algunos jóvenes como yo la confianza en nuestro tiempo. No creo que a la poesía debamos exigirle mucho más que eso, consuelo, compañía, esperanza. Esa tarde, aún en la era preinternet, busqué el teléfono de aquella editorial, EH Ediciones, y les felicité, con toda la emoción desbordada de mis veinte años, por publicar ese libro valiente.

Me colgaron extrañados, pensando seguramente que tendría alguna tara mental o que era una broma de poeta frustrado que no encontraba respaldo. No sé si esa editorial sigue existiendo, pero los librereros de España, el Ministerio de Cultura o los clubes de lectores de aquel año ya podrían haberle reconocido el mérito que supuso apostar por ese chaval que apareció a cuerpo descubierto librando los mejores combates desde todas las inseguridades humanas.

Sevilla. Invierno del 2011. Sentado en una terraza de la Alfalfa, leí en el periódico local que aquel poeta presentaba nuevo libro. Ahora el título era *Hombre sin descendencia*. Parecía que el pirómano se había hecho mayor y estaba en crisis, que es como suelen madurar los que defienden la catástrofe. Al finalizar el acto me acerqué a él para que me dedicara el libro, y balbuceando por la timidez, me presenté. Leo ahora la dedicatoria: «Con la esperanza de que este encuentro sea el comienzo de una amistad más profunda». En humildad no le gana nadie. Lo cierto, y esto es lo que importa —por aquí tendría que haber empezado—, es que tuve la suerte de ser lector apasionado antes que amigo apasionado. Y lo decisivo de todo esto es que Braulio Ortiz Poole labró desde sus primeros años un camino que ha buscado la esencia humana, el misterio que rodea nuestra pequeñez entre el fervor por la vida y el miedo de vivir. Al igual que Rafael Cadenas, ha impuesto la honradez al estilo, y el gaznate, más que el lenguaje, ha dirigido estos versos. Su estética realista y conversacional podría haberse relacionado con

algunas inercias generacionales, pero ha sido imposible sentarle en la mesa de algún grupo o en las complicidades y modas pasajeras de este género. Tampoco ha habido verdaderos argumentos para compararlo a sus colegas de generación ni ha sido uno de los habituales en las antologías que tanto han imperado y que, más movidas por la amistad que por el rigor, tan pocas certezas nos han descubierto. Braulio no ha coincidido del todo con su tiempo sin por ello dejar de amarlo, y esa distancia ha facilitado a un poeta atento como él la virtud de mirar la realidad desde otra perspectiva. Ha crecido —obstinado, silencioso y torpón a lo Peter Sellers— como alguien que indaga en sus avatares interiores para ofrecer disponibilidad a los demás. En su anterior libro de poemas, *Cuarentena*, de nuevo la apariencia de un hombre en crisis abriendo todas las ventanas, escribió: «Si está la vida, no importan los fracasos». Y dibujando esas derrotas, que son nacimientos y amaneceres que despuntan, ha continuado. Su virtud autobiográfica, desde aquel chaval que empezó con el zippo como brújula hasta este hombre de hoy, cercano a los muy humanos que desafían el orden, no ha pretendido una voz propia, sino unas palabras que ahondan en lo efímero de la existencia y que nos reservan un huequito junto al fuego de la escucha. Ese fuego que él lleva toda la vida avivando.

* * *

Creer en algo supone desobedecer en casi todo; lo mismo que quien busca (ya sea una bandera o una casa), más que encontrar, renuncia. La poesía es el ejercicio de los que se cuestionan qué vibra más allá de lo visible, de los que se preguntan qué verdades hay detrás de las condenas. Esta bandera, si alguna vez se teje y colorea del todo, representa a los que son capaces de vida y se agolpan confiados en uno de los extremos de la cuerda. A eso se limita este arte, al gesto de regalarnos un silencio propio que nos permite oír la abundancia de los demás, y, sobre todo, atenderlos. Esta *gente que busca su bandera* no parece tener más ambición que la de servir y arder, para luego desaparecer. Porque solo somos reales en el abandono a nuestros instintos. Por eso Braulio escribe: «Solo quien vive arde». Vladimír Holan coincidía con nuestro poeta, pero lo apuntaba en el orden opuesto que él mismo parece haber seguido: «Arde antes de vivir». Antes o después, quien ama arde bien, como ese fuego tranquilo que en los montes abre laderas sin provocar daño. Entiendo este libro como un tratado de amor al género humano, que es, como indicaba Voltaire, una virtud «desconocida a pedantes, mentirosos y tiranos». Estas páginas, que no buscan la verdad sino el entendimiento, nos lo recuerdan, y ofrecen «una casa para la medida. / Una casa para tus hermanos». La visión *pooliana* me lleva a San Pablo, que dejó en una frase la clave de la bondad: «¿Quién sufre que yo no sufra con él y quién se alegra que yo no me alegre con él?». El amor como consuelo y resistencia, y también

como tendencia vital a ser otra cosa sin distinguirse de nadie. Por eso aquí la palabra calma y plural, la pregunta que nos interpela desde lo más íntimo, es la única artillería:

Las mayor rebelión
tal vez no requiera municiones.
Tan solo
una mirada limpia y los pulmones
dispuestos al prodigio.

Acostumbrados como estábamos a esa poesía que nos hablaba desde un yo preciso que nos trascendía, ahora, en este libro, abandona parcialmente esa posición y reorienta su cuerpo para crear un diálogo con historias ajenas y universales que, desde las sombras espesas de la vida, nos traen lo más real de nosotros mismos, para que esos gestos se conviertan en nuestros símbolos y sus destinos inabordables agranden nuestro pensamiento. El calado humanístico de estos poemas crea una comunidad acogedora que exige una máxima elemental: todo ser humano es sagrado. Toda persona es relación con su entorno. Las vidas expuestas apuntan al centro de la emoción, como por ejemplo la del militar Leonard Matlovich, condecorado por su actuación en la guerra de Vietnam y apartado del ejército por ser homosexual. En su tumba, firmada como *A Gay Vietnam Veteran*, puede leerse: «Cuando estaba en el ejército, me dieron una medalla por matar a dos hombres y me expulsaron

por amar a uno». El poeta, casi rezándole a sus pies, le dice: «Como brota la savia de un árbol talado, / en ti se abría una fuente». O la historia de la actriz Frances E. Farmer que pagó su independencia con torturas en un psiquiátrico. Nirvana le dedicó una canción en la que el grupo de Kurt Cobain cantaba: «Ella volverá como el fuego y quemará a todos los mentirosos». Los mismos tiranos de los que hablaba Voltaire. El poeta Vicente Aleixandre o la sufragista Emily Wilding Davison, entre otros, completan un coro cuya lumbré nos recuerda en mitad de la intemperie que a pesar del terror y las estafas que suframos, el amor siempre nos salva. Ellos nos ayudan a hacer, como indica Braulio, miel de lo imposible. Vidas que construyen de nuestro pasado una ciudad cercana, un lugar que nos espera con los jardines abiertos y luminosos, donde brillan las buenas antorchas:

Desde entonces, esa ha sido la historia:
alguien quiere ser libre
y otro lo señala.

La poesía de Ortiz Poole convive con el cine (quizá su gran pasión), la pintura o la música. Y no por una pretensión culturalista en su obra, sino festiva. A Braulio le gustan las personas. Tiene claro que ha venido a este mundo a disfrutar y a compartir esos placeres cotidianos. Vive la vida con fervor y entusiasmo, celebra la belleza cercana que inunda sus días y baila con la torpeza de los inocentes. Ese carácter celebratorio no

ensombrece su conciencia política y compromiso ético como ciudadano: «España, ¿por qué cuesta decirte? [...] País de tanta luz. ¿Por qué esta voluntad de ser tiniebla?». El profesor George E. Moore advirtió que la ética es la investigación general sobre lo bueno. Estos poemas, más que indagar, viven en ello, en lo bueno, que sombrea los milagros tranquilos que casi siempre nos rozan. Este libro nos alerta de ellos, nos invita a detenernos y a mirar, nos susurra que la poesía es todo aquello que se presta a la claridad de la mañana, y nos convoca en ese despertar de la autenticidad:

Por las grandes verdades
no caigas deslumbrado:
a menudo, un discreto geranio resplandece.

Narrador, periodista, entre otras facetas propias. No importa lo que haga ni lo que venga. Braulio será, por encima de todo, poeta. Poeta de una vez. Difícil encontrar una vocación como la suya, ni unos libros que reflejen tan fielmente a su autor. Esta poesía trasciende a la escritura y al papel hasta ocupar todos los espacios del alma: aquí las banderas suponen universos. Por fin, en lugar de señalar, abrigan. Solo una personalidad como la suya, cómoda en los márgenes y segura de sus silencios, explica que aún para algunos lectores sea un poeta por descubrir, como siempre han sido los que de verdad permanecen, los que formarán nuestro tiempo y nuestra historia, los clásicos vivos.

Un regalo de la vida ha sido disfrutar de su magisterio y hermandad. En un libro contó cómo en el entierro de su tío Braulio se sintió viviendo su propio funeral. Él todavía no imagina todos los nacimientos que llevarán su nombre. Ojalá la persona que dé con este libro y no vuelva a estar sola, tenga mi misma suerte, y pronto disfrute de una oportunidad parecida a esta que aquí tengo de decirle lo mucho que le quiero.

La lluvia apagó el fuego,
pero no su arrebato.

**Gente que busca
su bandera**

A Alejandro, mi hermano de Estepona

*Amo chi d'improvviso si vergogna
butta le mani in faccia
e così sconta.*

(Amo a quien de improvviso se avergüenza
se lleva las manos a la cara
y de ese modo purga.)

ERRI DE LUCA

(TRADUCCIÓN DE FERNANDO VALVERDE)

Gente que busca su bandera

Los que dudan, los que huyen,
los amantes furtivos,
los que dejan atrás alguna idea,

los disidentes,
los hombres calumniados,
los que escuchan la voz de su conciencia,
los individuos marcados por su raza,

quienes desafían el orden de algún modo,

los que cruzan una línea incómoda,
los serenos en el campo de batalla,
los templados que no avivan las hogueras,

los que no son de aquí,
los extranjeros, también los desterrados,

los cobardes, los místicos,
los ateos, los que habitan los márgenes,
las mujeres que derriban una cerca,

los hombres demasiado humanos,
los frágiles, los locos,

los nombres vinculados a un escándalo,
los muchachos tomados por la fiebre,
los viejos que aún defienden la palabra,

los apátridas,
aquellos que buscan su bandera,
los que abren un camino diferente.

Escribe sus historias,
 di sus nombres.
Aunque los señalen,
también ellos
 están haciendo patria.